

A PEDALES POR MADASGACAR LA GRAN ISLA AFRICANA

Es África, pero ellos ni se ven ni se sienten africanos. Rodando por sus paisajes, entre sus montañas, sus arrozales, sus selvas tropicales, pedaleando por su variada paleta de colores nos sentimos en otros continentes. Es África, pero no lo parece.

TEXTO Y FOTOS



Ana González
(Bizkaia, 1966)

Aficionada a la montaña, a la bicicleta y a los viajes. Compagina las tres disciplinas: trekking por Himalaya, Atlas, Simiens, Dolomitas,... así como travesías en bicicleta por Mongolia, China, Corea, Cuba, Europa del Atlántico al mar Negro.... Colabora con diversas entidades con charlas y proyecciones de los audiovisuales de sus viajes. Perteneció a la redacción de Pyrenaica.

Lemur de cola anillada



Solo disponemos de un mes para recorrer sobre la bicicleta la cuarta isla más grande del mundo. Pedalaremos por las tierras altas atravesando algunas de las ciudades más importantes del país hasta llegar al P.N. de Ranomafana. Allí iniciaremos el descenso hacia la costa este bañada por el océano Índico. Desde Manakara volveremos a las tierras altas y al frío en el mítico tren de la selva. Nuevamente, a más de 1100 m de altitud, cambiaremos de dirección



Nuestra presencia siempre causa expectación

y nos dirigiremos al suroeste ascendiendo al increíble macizo de Orombe por el que rodaremos durante días en mitad de la sabana. Por último descenderemos hasta el canal de Mozambique alcanzando nuestro destino: Toilara.

Nuestro objetivo no es avanzar el máximo de km diarios, sino vivir al máximo Madagascar, su paisaje, su cultura y sobre todo su gente. En las alforjas lo imprescindible: ropa de abrigo para protegernos del invierno en



Pie de paquidérmo, planta endémica

las tierras altas, ropa ligera para las etapas en tierras más bajas, tienda de campaña y saco de dormir. Sobre la bici los cuatro de siempre en estas aventuras, Patxi, Bego, Joseba y yo.

Sobrevolando la isla el paisaje que vemos nos hace sospechar que las etapas en las tierras altas van a ser más exigentes de lo que habíamos pensado, aunque las montañas no son altas, perfilan todo el terreno hasta allá a donde alcanza nuestra vista.



Niños en las tierras altas

POR LAS TIERRAS ALTAS:

● ANATANANARIVO ➔ P.N.DE RANOMAFANA 439 km, 5 ETAPAS

Junto con la primera indicación que solicitamos para salir de la capital llega la primera advertencia: “tened cuidado al caer la noche, buscad refugio seguro, con la oscuridad llegan los bandidos”...esta alerta la oiremos muchas veces y como el miedo es libre y la prudencia necesaria, la noche condicionará nuestra ruta y en más de una ocasión tendremos que replantearnos las etapas que teníamos previstas.

Abandonamos la capital y con ella el lago Anosy y toda la suciedad que se amontona en sus orillas. Pedaleamos más de 15 km antes de adentrarnos en un entorno rural. Aunque el tráfico es fluido y rápido también es respetuoso con nosotros, siempre hay un claxon que nos avisa de su presencia. No tardamos en darnos cuenta de que la vida en Madagascar se hace al borde de la carretera, todo gira en torno a ella; los malgaches acomodan su vida al flujo de personas y mercancías que avanzan por las escasas arterias que atraviesan el país.

Hace frío, pero el rompepiernas por el que pedaleamos no nos deja sentirlo. Las incontables subidas, cortas pero pendientes, son muy costosas; las bajadas tan breves que casi no

nos permiten recuperarnos del esfuerzo del ascenso antes de llegar a la siguiente cuesta. El peso de las alforjas se nota.

El invierno ha teñido de marrón la tierra y las casas de adobe se mimetizan con el entorno. Los arrozales, yermos en este momento, reflejan la luz del cielo despejado. Por el centro se dibuja la carretera por la que pedaleamos, perfectamente asfaltada. A la entrada de cada pueblo controles de policía que revisan cada vehículo que quiere pasar por allí.

Cuando nosotros ni siquiera nos hemos percatado de su presencia los niños corren a nuestro encuentro al grito de “*salut vazaha*” persiguiéndonos tan rápido como les permiten sus delgaduchas piernas intentando detener nuestra marcha. Cuando paramos nos rodean expectantes y tímidamente nos piden regalos: “*cadeau, cadeau, cadeau*”. Nos dicen que están escolarizados, pero son muchos y desde muy corta edad a los que hemos visto trabajando en el campo, transportando ladrillos, empujando carros, picando piedra y, en el caso de las niñas, ejerciendo el papel de madres con sus hermanos pequeños. En este mundo la dulce infancia no existe.

En la carretera alcanzamos y adelantamos muchos paisanos que transportan mercancías sobre sus cabezas, en bicis viejas y oxidadas o en carros tirados por cebúes. Todos ellos nos

saludan y tratan de entablar conversación con nosotros; solo hablan malagasy, así que la comunicación es complicada, pero la mímica, como siempre, es efectiva. Tienen una sonrisa cautivadora.

La agitada vida en la carretera y los espectaculares paisajes que vamos descubriendo hacen que nos olvidemos de uno de los escasos cruces en el que nos tenemos que desviar, con lo que nuestra etapa de “descanso” se convierte en una ordinaria de 70 km. Lluvia y hace frío; hay mercado y cuesta moverse entre la gente. Encontrar alojamiento es complicado; los frailes nos ofrecen un aula en la escuela de la misión, pero finalmente la farmacéutica nos consigue una habitación para los cuatro.

Son curiosos los rasgos de esta raza negra; su color es muy claro, sus facciones suaves, ojos rasgados, nariz y labios finos, sus rostros muestran líneas claramente asiáticas. Pese a que el continente Africano está a poco más de 400 km y el punto más cercano con Indonesia a más de 5500, Madagascar fue colonizado antes por los indonesios que por los africanos. De ahí su aspecto y gran parte de su cultura y costumbres.

Los bordes de los ríos se convierten en campos de colores

Las mujeres extienden docenas de prendas recién lavadas y marchan a atender otros quehaceres mientras la ropa se seca: la casa, el campo, el molido del cereal, el picado de la piedra a golpe de mazo,...y los hijos...los hijos se crían solos, no hay tiempo para ellos.

Llegando a Antsirabe, descendiendo un puerto, coincidimos con Clothe, un suizo que lleva pedaleando cinco semanas por el país. Está agotado, física y emocionalmente, la ruta está siendo muy dura, y como nos dice "las cuestras son aterradoras". Podemos dar fe de ello: nuestra cuarta etapa hasta Ambrosita, 99 km, nos exige un esfuerzo increíble. La etapa no parecía especialmente dura, y es cierto que las cuestras no son de grandes desniveles, pero son interminables e incontables sin tiempo para la recuperación. Llegamos agotados. En el hotel pagamos más para tener agua caliente, porque aquí éste es un plus que se paga... aunque pagar no es sinónimo de tener... y con el frío que hace acabamos duchándonos con agua helada. Con el día que hemos tenido, el ánimo no está en un punto óptimo; esto sólo lo compensa el fantástico y colorido paisaje que hemos disfrutado y las personas con las que nos hemos cruzado.

Tras un largo debate en la cena, y ante el planteamiento de no dormir desprotegidos ante las sucesivas advertencias de la presencia de bandidos al caer la noche, hemos descartado la opción de dormir en tienda de campaña; eso significa que mañana debemos llegar a Ranomafana, a 137 km, con unos perfiles tan duros como los de hoy; son demasiados km, especialmente después de la etapa que acabamos de terminar. Decidimos adelantar algunos km en "taxi-brousse". Las bicis en el alto de la furgoneta; dentro, nos acomodamos como podemos, nuestros 4 culos en 3 asientos mínimos, compartiendo hueco con 10 locales, 2 gallinas, sacos, herramientas... ¡todo lujo! Cuando iniciamos el pedaleo, nuevamente en etapa de montaña, las piernas se resienten, los km pasan a cámara lenta, el día avanza y no acabamos de llegar; empieza a caer la noche, la carretera, por el medio del bosque, se va a convertir en poco tiempo en la cueva del lobo. A pocos km de nuestro destino subimos de nuevo a una furgoneta. Llegamos de noche; en el pueblo hay un congreso internacional sobre primates y es imposible encontrar una habitación ni siquiera en una casa privada; así que sacamos alguna de nuestras armas: caí-

da de ojos, unos pocos pucheros y nos hacen hueco en la habitación donde duermen los choferes y guías de turistas. Entonces conocemos a una guía del Parque Natural que nos consigue habitación en un hotel que media hora antes estaba completo,... ¡qué cosas!

En el Parque Natural de Ranomafana descubrimos 3 especies diferentes de lémures, poco más que llame nuestra atención.

DESCENSO HACIA EL OCEANO ÍNDICO

● P.N. DE RANOMAFANA

➔ MANAKARA

194 km, 3 etapas

En Ranomafana cambiamos de dirección y comenzamos el descenso hacia el sureste. Con el nuevo día parece que se abre una puerta que da acceso a otro mundo; la selva desaparece y el paisaje se vuelve tropical, las palmeras reales se imponen elegantemente sobre cualquier otra especie que crece en estas tierras con sus hojas dispuestas en abanico. Las orillas de los ríos, las verjas de las casas, los matorrales se tiñen de colores

Vida en los arrozales cerca de Manakara





Un lugareño por la carretera que lleva a Ankaramena

mientras las ropas se secan al sol; los buscadores de piedras preciosas mecen acompañadamente los cedazos en el río; los granos de café esparcidos al sol a ambos lados de la carretera se secan pacientemente.

El aspecto de las personas acompañan al entorno; el aumento de temperatura provoca un estilo más veraniego y colorido en la ropa de los lugareños; atrás quedaron los malgaches con indumentarias en capas de colores oscuros, desgastados, decolorados y zurcidos una y mil veces; aquí las mujeres visten pareos de colores alegres, se peinan pequeños moños y coletas que se acomodan perfectamente en sombrerillos de rafia. Caminan por la carretera portando sus mercancías sobre la cabeza en unas cestas, también de rafia, con una elegancia absolutamente natural. Mujeres y hombres llevan en brazos a sus pequeños y cuidan de ellos con una dulzura infinita.

La música rítmica y alegre que oímos a medida que nos acercamos a un pueblo nos contagia y entramos en él bailando sobre la bici; si lo hubiéramos querido no habríamos sabido dar mejor espectáculo a los vecinos que se nos acercan con una sonrisa y una marcha en el cuerpo que, sin duda alguna, es innata. Algunas mujeres, sentadas a las entradas de sus cabañas, despiojan a los niños pequeños.

Cada vez que vemos una antena a lo lejos se nos tensa el cuerpo; "antena" es sinónimo de "esfuerzo"

Todas ellas en el alto más elevado y la carretera pasa siempre, inevitablemente, a su lado. Desde que salimos de Ranomafana todo el mundo nos dice que el camino hasta Manakara es descendente; y no les falta razón, porque en 3 días descendemos 800 m, sin embargo, en el descenso no dejamos de subir y bajar pequeñas cuestas, el llano no existe. La carretera serpenteante surca la montaña boscosa a media altura como si fuera una larga y delgada serpiente; a sus pies valles completamente invadidos por la vegetación. En los poblados los puestos del mercado levantados a los lados de la carreta atraen a muchísima gente que nos impide el paso montados sobre la bici. En estos días la carretera es solo para nosotros y para los que la recorren a pie, en bici o en carro.

A medida que nos acercamos a Manakara los arrozales abarcan mayor superficie de terreno. Aunque desde fuera la imagen es bucólica, la vida dentro de ellos es dura; en el agua hombres, mujeres, niños y cebúes pasan interminables horas con el cuerpo mojado

Mujeres en la carretera cerca de Analavory



Junto a la cueva del comisario en el océano Índico





Paso del tren por la mitad de la selva

arando, sembrando, recogiendo la cosecha e incluso pescando pequeños pececillos. A pesar de todo, cuando alzan la mirada y nos ven, una sonrisa ilumina sus caras.



¡Por fin llegamos a Manakara! Aprovechamos el día de descanso para acercarnos al océano Índico. El viento azota con fuerza; la mar, completamente gris, está muy brava, los pescadores en tierra. Cometemos el error de llevar una camiseta roja; nos quieren echar de la playa; si tocamos el agua con ella puesta traerá mala suerte y los peces no caerán en las redes. Asegurándonos que no tocaremos el agua nos dejan permanecer en la playa...y supongo que el que les compramos parte de la pesca del día también influye.

● EL TREN DE LA SELVA

Este antiguo y viejo expreso une la costa del Índico con las tierras altas atravesando la selva tropical, arrozales y plantaciones de café, té y bananas. Durante 14 horas el tren se convierte en una fiesta, un bullicio constante, un subir y bajar de incontables

malgaches y sus mercancías en cada una de las infinitas paradas; niñas y mujeres que ascienden al tren para vender todo tipo de productos: fritos, café, especias, collares,... recorren el tren pregonando a los cuatro vientos aquello que venden, tirando de las mangas de los pocos occidentales que viajamos, colándose entre nosotros y ya de paso pidiéndonos regalos. Catorce horas llenas de vida, llenas de color, en el que descubrimos muchas caras y muchas miradas, jóvenes y viejas que esconden historias de vida pasadas y de futuro que se nos antojan duras, difíciles, pero quien sabe... quizás felices. Catorce horas llenas de emociones que nos dejan en Fianarantsoa completamente agotados en la más absoluta oscuridad.

No importa la manera en la que te muevas por este país, el tren de la selva es un recorrido imprescindible

● LAS TIERRAS ALTAS

➔ P.N. DE ISALO

244 km, 4 ETAPAS

Hemos vuelto a las tierras altas. La producción del ladrillo, de nuevo, forma parte de un paisaje que nos brinda un fuerte contraste de colores, el cielo intensamente azul, la escasa vegetación verde verdísima, la tierra rojiza y la montaña rocosa. La carretera tranquila, sin tráfico. Es un auténtico placer pedalear por esta paleta de colores.

Ascendemos un puerto. En el alto el espectáculo que aparece ante nosotros nos enmudece; este extenso valle que abre las puertas a Amabalavao, tan solitario, tan intenso, tan cálido nos obliga a frenar cada pocos metros para descubrir nuevos matices en el mismo paisaje. Incluso la pequeña ciudad nos sorprende, sus edificaciones sólidas y ordenadas, la fábrica de papel, el mercado, incluso el pequeño hotel en el que descansamos.

Este paisaje tiene un embujo especial, cada vez más árido, cada vez más rojizo y cada vez más atractivo

A pesar del calor y de las largas distancias entre los pueblos seguimos encontrando gente a pie por la carretera. El último tramo de puerto ha sido duro, probablemente porque

Gran baobab en el Parque Natural de Manguili



Mujeres y niño en el descenso al canal de Mozambique

no lo esperábamos, ni este ni el que vendrá después, dos puertos en menos de 25 km. El descenso debemos hacerlo con muchísima precaución, cientos de cebúes se dirigen en trashumancia hacia el norte del país.

Al llegar la noche sin lugar alguno donde dormir, la generosidad de Úrsula nos sorprende. No sólo nos ofrece la única habitación de la casa, la suya, sino que arrincona los muebles de la sala para meter las 4 bicicletas, no quiere que queden en la calle a la noche. Incluso nos

trae una palangana para nuestras necesidades nocturnas; nos ruega que no salgamos a la calle en la oscuridad bajo ninguna circunstancia. A la mañana nos resulta muy engorroso explicarle que la cama ha cedido hasta el suelo con el peso de las dos chicas. Casi aplasta a Patxi y Joseba que duermen en un reducidísimo espacio en el suelo. Pero parece que no es la primera vez que ocurre y saberlo nos alivia.

Pedaleamos sin apenas desniveles ni sorpresas, si acaso infinitas e interminables rectas, son km de descanso para las piernas y el corazón. Los pueblos cada vez más distantes. Continuamos rodando en llano, hasta que vemos antenas a lo lejos y muy en lo alto, ya sabemos lo que viene ahora. Los 8 km de puerto tendido dan acceso al macizo de Orombe y a cientos de kms de sabana que nos acercan al Parque Nacional más visitado de Madagascar, el de Isalo. Llaneamos 91 km con viento de culo, el calor aprieta y nos obliga a buscar refugio bajo alguno de los escasos árboles que encontramos en el camino. Cuando llegamos a Ranohira coincidimos con un grupo de turistas que confiesan haber comentado cuando nos adelantaron en la carretera "estos 4 holandeses están locos"... ¡qué cosas!

Durante dos días abrasadores caminamos por el Parque Nacional. Sus mini baobabs de flor amarilla "pie de paquidermo" y sus extrañas formaciones en piedra esculpidas por la erosión son lo primero que llama nuestra atención. Pero dentro de este parque árido y caluroso se esconden grandes sorpresas. No podíamos imaginar que acogiera una piscina natural de agua fría con vegetación tropical y salvaje que cobija a graciosos lémures de cola anillada. Tampoco podíamos imaginar el cañón sombrío rebosante de vegetación del circuito Namaza, las lagunas negra y azul, y la cascada de las ninfas. Decenas de lémures campan a sus anchas sin mostrar el más mínimo interés por nosotros.

● DESCENSO AL CANAL DE MOZAMBIQUE

203 km, 3 ETAPAS

Qué placer los 8 km de bajada en el que no hay que dar ni una sola pedalada; estamos descendiendo el macizo de Isalo,... francamente espectacular. A partir de ahora el esfuerzo se minimiza, las rectas son infinitas y sobre el asfalto solo nos movemos nosotros. La tierra, árida, muestra un color rojizo con cientos de pequeños montículos, parecen hormigueros; al fondo montañas bajas y peladas.

Hemos leído que es una zona peligrosa, aunque nosotros no hemos tenido ningún problema; si bien es cierto que la casa en

la que dormimos tiene un hombre de seguridad por la noche. Quienes se acercan a nosotros solo lo hacen para pedir insistentemente, así que intentamos no parar. En el camino encontramos pequeñas plantaciones de algodón y humildes factorías de ron. Por fin aparecen los primeros baobabs, al principio lejanos; desde la distancia parecen jóvenes, muy delgados y aparentemente frágiles, pero cada vez son más numerosos y llegamos a ver algún ejemplar verdaderamente robusto y distinguido.

Tenía que pasar..., tantos días pedaleando y pinchamos en la penúltima y última etapa, dos en menos de doce horas. Y el primero es de premio: las cuatro bicis en fila india al borde de la carretera; los cuatro apretujándonos bajo la mínima sombra de un arbusto; llevamos varios minutos descansando y de repente se oye: "psssss", desconcertante, rápidamente empiezan las apuestas.

Cuanto más al sur menos pueblos encontramos y la pobreza es más patente a pesar de las minas de piedras preciosas

Ya solo queda descender el último puerto; sólo nos separan 7 km de Toilara y de unos días de descanso en una espectacular playa de Anakao, un pequeño pueblo pesquero sin electricidad, ni agua corriente, ni tan siquiera agua dulce, aún se mantiene virgen. Para finalizar, a 33 km infernales de Toilara, el Parque Natural de Manguili, en el que disfrutar de baobabs de formas inimaginables.

Es verdad que ha habido algunos días muy duros sobre la bicicleta, sobre todo en la primera parte de las tierras altas; pero ni remotamente cambiaría uno solo de esos días, porque cada metro que hemos recorrido, a pesar del

esfuerzo, nos ha regalado una imagen, una mirada, unos sonidos y unas sensaciones de valor indescriptible. Un gran viaje, también, para recordar y valorar la capacidad de los cuatro para la improvisación y la adaptación ante todo aquello con lo que no contábamos. Fantásticas experiencias en magnífica compañía.

DATOS DE INTERÉS

INTEGRANTES: Bego Tello, Joseba Vélez, Patxi Buenechea, Ana González

CARTOGRAFÍA: Travel internacional maps 1/1 000 000

ÉPOCA RECOMENDADA: Agosto es pleno invierno austral. Sin embargo es la mejor época para pedalear; las noches son frías pero en el día, en las tierras altas, las temperaturas suben hasta los 15° C; en cambio en las tierras bajas y, especialmente, en el Macizo de Orombe las altas temperaturas son soportables.

MALARIA: las autoridades sanitarias consideran alto el riesgo de contraer malaria.

CONTACTO: ana.barrika@gmail.com



En la playa virgen de Anakao